

Una mirada de fe ante el progreso tecnológico según *Magnifica humanitas*
P. Fernando Pascual
15-6-2026

La encíclica *Magnifica humanitas* (MH), publicada por el Papa León XIV en mayo de 2026, tiene varios párrafos que se ofrecen como conclusión, y en los que brilla con más fuerza la mirada de fe ante el progreso tecnológico. Frente a un mundo que promueve la conquista, incluso con ideologías seductoras, el Papa contrapone otro proyecto, parecido al de la Virgen María en su *Magnificat*, que se fija en la misericordia de Dios (MH, n. 230).

La conclusión identifica la presencia, en medio de algunas ideas y promesas del transhumanismo y del posthumanismo, del deseo de “una vida más plena, menos expuesta a la fragilidad y al sufrimiento. Pero la Encarnación abre un camino diferente. Mientras las ideologías antiguas y nuevas empujan al hombre a la superación técnica del límite y a elevarse por encima de los demás para afianzar un dominio, el misterio del Hijo de Dios que entra en nuestra condición narra un movimiento opuesto: el Dios vivo que desciende a nuestra historia para liberarnos de toda esclavitud, asume nuestra debilidad y la transforma en lugar de salvación” (MH, n. 232).

De esta manera, la Encarnación permite la cercanía de Dios a tantas personas que se sienten heridas en su dignidad, al mismo tiempo que muestra el camino propio de la humanidad: abrirse a los otros y vivir en comunión (MH, n. 231). Por lo mismo, y desde la fe, el Papa invita a “contemplar en el rostro del Hijo una *magnífica humanidad* que también ilumina la época de la inteligencia artificial. En Cristo comprendemos que el hombre está llamado a ser colaborador en la obra de la creación, y no espectador resignado ante los procesos tecnológicos que limitan su libertad y su responsabilidad” (MH, n. 233).

Luego la encíclica dirige su mirada a la Eucaristía, en la que al unírnos al Señor nos unimos entre nosotros, y evitamos así divisiones que pueden surgir de un mal uso de las tecnologías: “mientras las nuevas redes económicas y tecnológicas pueden generar exclusión, aislamiento y dependencias, la Iglesia, alimentada por la Eucaristía, está llamada a hacer visible otro tipo de medida, custodiando los vínculos, devolviendo la voz a los invisibles y orientando los procesos hacia la dignidad de las personas” (MH, n. 235).

Siguen luego varios números que invitan a la construcción, desde Dios, del bien en nuestro mundo. Para ello, la atención se dirige a cuatro ámbitos: la verdad, la educación, las relaciones, el amor a la justicia y la paz. El Papa León invita a ser “fieles a la verdad”, sobre todo respecto de Dios y del ser humano (MH, n. 237). Por lo que se refiere a la educación, los adultos pueden hacer mucho para que los niños y los jóvenes aprendan a usar las nuevas tecnologías de forma “que logren creer que la evolución de las tecnologías no sigue un camino inevitable, sino que puede estar orientada por la responsabilidad personal y colectiva” (MH, n. 238). Las relaciones humanas, por su parte, se amplifican gracias a la cultura digital, pero sigue siendo imprescindible la cercanía física (MH, n. 239). Por último, la justicia y la paz han de convertirse en fines continuos en el uso de la tecnología, con un sano discernimiento, pues “cada decisión técnica o económica se convierte en un punto de discernimiento espiritual, una ocasión para verificar si los avances de la inteligencia artificial abren espacios de justicia y participación o concentran la riqueza y el poder en manos de unos pocos” (MH, n. 240).

Dos números vuelven a recordar la historia de Nehemías (que encontramos en el prólogo de MH) y la importancia de confiar en Dios al emprender la tarea de levantar lo destruido y proteger lo amenazado, con la mirada puesta en la nueva Jerusalén que recibimos de Dios (MH, nn. 241-242).

Finalmente, el Papa dirige a la Virgen María y a su *Magnificat*. Al dar su sí, descubre que todo ha cambiado en ella, aunque externamente no se vean cambios, pues Dios ya ha triunfado. Entonces su canto de esperanza nos invita a descubrir “la obra invisible de Dios”, a descubrir las necesidades más apremiantes, y ponernos a trabajar, ante los retos de nuestro tiempo, también con la inteligencia artificial (MH, nn. 243-245).

El Papa León XIV encomienda sus reflexiones a la Virgen, para que avancemos hacia la civilización del amor. Estas son las últimas palabras de la encíclica: “Encomiendo este deseo a la Madre de Cristo, a la mujer del *Magnificat*, para que acompañe nuestros pasos en el presente que cambia y custodie en cada uno de nosotros la confianza en el Evangelio, de modo que podamos testimoniar la belleza de una magnífica humanidad habitada por Dios” (MH, n. 245).